

SE IMPRIME
Por la Imprenta HISPANO-URUGUAYA
CALLE DEL OLIMAR, 149
SALIENDO LOS DIAS
Martes, Jueves y Sábados
POR LA TARDE

EL CLAMOR PÚBLICO

DIRECCIÓN } CALLE DEL OLIMAR, Núm. 149
Y ADMINISTRACIÓN }

Los remitidos que revistan interés público se publicarán gratuitamente, pagándose a razón de 15 pesos columna los de interés particular, y en ningún caso se devolverán los originales.

PERIODICO LIBERAL E INDEPENDIENTE

ADMINISTRADOR—SEBASTIÁN B. TORRES

SUSCRICION
Por un año \$ 10.00
Por seis meses " 5.50
Por un mes " 1.00
Número suelto " 0.10
Número atrasado " 0.20

Club General Rivera AVISO

Se hace saber a los corregidores que la Secretaría de este Centro Político se ha instalado en la calle 18 de Julio N.º 1374, donde se encuen- tra disponible el libro de Registro para los Colorados que deneen afiliarse a este Centro.

Avelino Gerona—Secretario.

EL CLAMOR PÚBLICO

Estratagemas asequibles

Fallan quince días para que se efectue la renovación total de una rama del cuerpo legislativo, y nadie sabe quienes ocuparán asiento en ese órgano tan importante del poder público.

Los ciudadanos justamente de- sengañados, no toman en el asunto, la intervención soberana que la carta fundamental del estado les asigna, y la barquilla, sin velamen, sin insignias de honor, sin rumbo ni bandera, llevando en el timón manos mercenarias, naufragará en costas acarriadas, si las grandes energías nacionales no entran pronto en actividad.

Esta absoluta pasividad comicial, cuando solo faltan dos semanas para el acto del sufragio, constituye un acto de intensa ignominia, que cierra con reflejos repugnantes, el proceso de esta torpe administración.

A la mayoría de los colectivistas nada les importa que el atentado se consuma sin disimulo; pero no ocurre, con todos los retos de la aprovechada familia.

En efecto: el grupito francamente evolucionista, prepara un simulacro de elecciones.

Empeñados en ese propósito, hablan ellos ya, de telegramas, de proclamaciones efusivas y de acuerdos patrióticos.

Parece que el mismo Idiarte Borda, especialista en controversias electorales, ha concurrido con indicaciones oportunas al éxito de la burda farsa.

Este antisocial se usa para cruzar el Rubicón.

Una vez en la tierra prometida; en el seno del caucus, y asegurado favorablemente el capricho marianesco, caerá por el suelo esa decoración pepulachera.

Por supuesto que no puede pedirse nada más moral, ni más práctico, ni menos engoroso, para salir ileso de los mayores apuros políticos, que la doctrina suscitada por el Ilustre constitucionalista doctor Evaristo G. Ciganda.

Sostiene este señor que una vez aprobados los poderes legislativos, de estracción colectivista, por comisiones también colectivistas, nada resta que hacer: el triunfo está asegurado.

¿Qué se impugnan por irregulares esas actitudes?

—Bahl zonzeras de la oposición que chilla de lujul Constitucionalmente, nada valen tales protestas

desde el momento que la Cámara ha sancionado los poderes, ilegítimos, es cierto,—pero aceptados.

Invocar la constitución para asesinar los ataques dirigidos contra ella misma!

Pues bien; los señores francamente evolucionistas, andan entregados a estos tojos y manejos que, a su juicio dorarán la pildora.

Desde ayer pregonan ellos su contento, pues cuentan con la ayuda eficaz de Angel Brian y de monseñor Eusebio de León.

El Nacional.

Un negocio más

TAN SUCIO COMO LOS OTROS

Nuestro colega *El Día* informa en los siguientes términos sobre el nuevo negocio en que han metido las manos los hombres que nos gobernan, siguiendo en sus propósitos decididos de arrear con todo.

—¿Quién se permitió establecer diferencias entre esta administración y la de Juárez Celman?

—Vamos a dar cuenta de otro negocio que se acaba de hacer, que está a la altura de los otros que han venido denunciándose, y que es de los que basta, por si solo, para caracterizar una administración.

Don Pablo Goyena, a causa de una disposición del señor Bauzá, ex-ministro de Gobierno lo siguió un pleito al Estado por daños y perjuicios con motivo del cese del diario oficial. El señor Goyena tenía razón y el Gobierno fue condenado en primera y segunda instancia. El señor Goyena, no se anduvo corto para pedir, y fijó sus daños en 50 000 pesos.

El señor Goyena, a pesar de tener el pleito ganado no tuvo inconveniente en transar en 25.000 pesos para darle un corte al negocio y conseguir arreglar pronto. Pero sus cálculos no salieron bien. Pasó el tiempo y a pesar de todas sus gestiones no pudo hacerse de su plata, ni conseguir siquiera que se aprobara la transacción. El señor Goyena comprendió al fin que de aquella manera no iba a liquidar su cuenta.

Pero entonces tuvo la feliz idea de cambiar de método. En vez de hacer gestiones inútiles se puso al habla con un señor V. V. caballerizo de un encumbrado personaje. El cochero le prometió hacerle pagar inmediatamente la cuenta si le daba de comisión seis mil doscientos pesos.

El señor Goyena aceptó el trato, y apenas se firmó el compromiso ante un Escribano Público el Gobierno adoptó la transacción y se mandaron librar contra la Tesorería letras por los 25 000 pesos. Quién diría que un simple caballerizo pudiese tener tanta influencia!

El feliz cochero intermediario, en cuanto tuvo en sus manos sus seis mil doscientos pesos en dos letras de tres mil cien cada una, corrió a descontarlas al Banco de la República.

El Banco de la República no hizo el descuento porque se opuso el Doctor Muñoz. Entonces se dirigió al Banco Italiano donde hizo el negocio al 1/2 por ciento mensual.

En cuanto al señor Goyena cobró sus letras en la misma Tesorería, don-

de se las pagaron en plata. Con ese motivo el señor Goyena ha entablado una reclamación porque las letras de cien pagaderas en oro. Pero aunque sea en plata el señor Goyena se ha guardado los pesos y en cambio no se puede decir lo mismo del caballerizo. Se dice que de los seis mil doscientos pesos no se guardaba más que setecientos.

Los cinco mil quinientos restantes han ido a otras manos, "manos... mas influyentes."

Pero sea como fuera, conviene recalcar sobre algunos puntos de este nuevo escándalo. En primer lugar se llegó a la transacción sin llenar un trámite pedido por el Juez que el señor Goyena determinara en que consistían sus perjuicios tan altamente avalados. Por último se pagó la declaración sin ninguna sanción legislativa gracias a la influencia del caballerizo...

El jabón gubernista y los cambios militares

Como resultado de los rumores y la más corriente desde hace días, y como consecuencia del terror pánico que se ha apoderado de la gente gubernista, constan que se han efectuado cambios muy significativos en la oficialidad de algunos cuerpos de la guarnición y que se piensa llevar las modificaciones hasta suplantar a algunos jefes de los mismos cuerpos.

La resolución de estos cambios de oficiales, largamente discutida en una conferencia celebrada en casa de Borda, entre ésta, el general Benavente y los coronelos Zenón de Tezanos y S. X. Rodríguez, fue trasladada a los jefes de los batallones, no el jefe del Estado Mayor, acompañado de Brian, el antiguo can-criadero de la prensa.

Los cambios efectuados hasta ahora, son los siguientes:

En el 2º han sido dados de baja del servicio activo un capitán, un sargento mayor, y varios tenientes y alféreces.

En el 3º: Varios tenientes y subtenientes.

En la Artillería Liger, se quiso hacer también algunas remociones, pero desceñen que sujete el coronel Pérez se apuso terminantemente a ellos, manifestando que tenía plena confianza en su oficialidad y que no consideraba, por consiguiente necesarios esos cambios.

Según un colega, han sido excluidos también muchos guardias civiles del servicio policial, obedeciendo esta conducta, lo mismo que la observada con los oficiales, & confiando sobre la fidelidad de los dados de baja.

En cuanto a los cambios de jefes, ayer era voz corriente en algunos círculos bordistas, que algunos serían separados del comando de sus cuerpos, y hasta se citaban nombres, que no nos creemos autorizados aún para entregar a la curiosidad pública.

Nos inclinamos a creer que si se efectúan esas remociones, se adoptará el mismo procedimiento usado para la separación del coronel Z. J. Pérez de la jefatura del 3º durante los

clásicos veintiún días. Se les llamará al Estado Mayor, y cuando vuelvan a su cuartel, se encontrarán con un sucesor, colocado clandestinamente a la sordina, y que los hará rechazar desde la puerta. Porque este es el procedimiento de moda, procedimiento vergonzoso, vejatorio del honor y de la disciplina militar y que revela más que la debilidad de los gobiernos colectivistas.

Corre también por ahí, el rumor de que será nombrado comandante de fronteras al Norte, el general don José Amuedo.

Decididamente el gobierno de Borda no gana para sustos y jarras, es decir, nosotros no ganamos para los sustos y jarras del Pissiatrato nacido en tierra uruguaya para hacer morir de envidia y despecho a los amigos de su gran honor ateniense.

El alojado

Cornelia Larraillet estaba vestida de negro, con una falda de pliegues rectos, sobre la cual se balanceaba un cordón del que pendían unas flores, unas tijeras y un dedal colgado de una cadena de plata.

—A aquella mujer no parecía vieja, y sin embargo, sus entristecidos ojos eran testimonio de largas noches de dolor y de abundantes lágrimas, vertidas por espacio de horas y horas; sus mesados cabelllos y las arrugas de su frente le daban el aspecto de una abuela que ha vivido mucho y que ha sufrido de un modo cruel.

Al llegar al pueblo mi regimiento, fui alojado en casa de la viuda Cornelius Larraillet.

Apenas hubo entrado en la morada de mi huéspeda, experimenté la sensación de que estaba de más en aquel hogar creando como un convento y creí que iba a turbar con mi presencia el supremo silencio que allí reinaba.

Pronuncié timidamente unas cuantas frases, y deseoso de renunciar a mi alojamiento para correr en busca de una posada cualquiera, cuando la viuda me estendió los brazos con ademán maternal y me dijo con voz entrecortada por la emoción.

—Me permite usted que le abrace con toda mi alma, en recuerdo de mi hijo que era teniente como usted y que murió en la guerra?

Cornelia me extrajo tiernamente contra su pecho, como si hubiera tratado de hacer revivir por espacio de algunos segundos la dicha perdida y de olvidar las lontanas soledades y el dolor.

Díaspués me dió un beso de madre, uno de esos besos que no se parecen a ningún otro, que llenan el ser de sosegada alegría y que devitan como un cordial maravilloso.

Mi cuarto estaba dispuesto como la celda de una monja, con el retrato del hijo pendiente de la pared y debajo del marco un ramo de flores secas, cojidas después de haber rezado en la vasta llanura de Granvelotte, sembrada de cru-

ces y donde la tierra sepultó tanto valor y tanta juventud.

—¡Ah! —pensaba yo al contemplar la effigie de mi compatriota de armas. —Cuando en esta miserabile vida hay tantos desesperados que llaman en su auxilio a la inexorable muerte, que se arrodillan ante ella como devotos al pie de una virgen; cuando hay tantos seres que jamás han de amar ni ser amados, que sufren noche y día; cuando hay tantos ancianos cansados de vivir y de luchar que aguantan con absoluta resignación el momento de suagonia; ¿Por qué la providencia arrebata de la faz de la tierra a los que eran jóvenes y robustos, a los que eran amados y hubieran podido tener un hogar, una mujer y varios hijos y tenían una madre a quien adorar?

Cuando nos sentamos a la mesa, me dijo Cornelius Larraillet con ese acento casi estático, propio de las mujeres piadosas cuando hablan de sus adoraciones y de su culto.

—¿No es verdad que era muy guapo mi hijo y muy valiente? Después le leí a usted sus cartas de Bélgica y las de su coronel... Tenía la misma estatura de usted y el mismo color de los ojos. No se enfadó usted conmigo porque le hible de cosas tristes. Me consuela tanto hablar de él con un oficial. ¡Nadie porqué me haga la ilusión de que usted le ha conocido y de que ha sido su amigo y compañero de colegio! En la ambulancia, cuando recobró el conocimiento, le pusieron la cruz sobre la camisa hecha jirones, y en voz baja—como que tenía que inclinarse para oíre—exclamó: Todo esto solo dirán ustedes a mí. Y sus ojos se cerraron como si hubiese querido dormir...

La pobre viuda no lloraba. Sus ojos se han secado como las fuentes privadas de agua.

—Temerosa, sin duda, de importarme, cambió repentinamente de tema, procurando abandonar su idea fija y su dolorosa nostalgia. Llenaba de la copa apenas estaba vacía, y elegía para mí las mejores porciones de cada uno de los platos. Los vinos daban de muy lejana fecha, porque hacía mucho tiempo que las criadas no habían turbado la paz de la bodega. La viuda comía sola sin casi probar lo que se le servía, con los ojos entristecidos, la mirada fija en el vicio y el cerebro inerte.

La señora Larraillet comía con movimientos de alucinada que no sabe lo que se hace.

—Supongo que volverá usted en otra ocasión—me dijo en voz baja—le ha tratado a usted como a mi propio hijo y le ha dado todo cuánto más le gustaba.

Y bruscamente, con la mirada activa y imperiosa, como removida por un trágico ensueño y con las manos crispadas sobre la mesa, repuso:

—¿No es verdad que se trabaja sin descanso y que vengaremos a los muertos? Si supiese usted como odio a nuestros enemigos y hasta que punto deseo no morir sin haber presenciado el desquite de que tanto se habla y que nunca, nunca llega!

Como iluminada por un extraño resplandor y en actitud de justicia,

EL CLAMOR PÚBLICO

asemejaba la heróica estatua de Strasburgo, que se alza alta en imperio entre los trozos funerarios, las amarillas coronas y las flotantes banderas, y está sentada sobre el mausoleo donde duermen tantos héroes muertos por la santa causa.

Vuelta después la vista a su habitual manera de ser, y moviendo su blanca cabeza, dijeron: con emoción da melancolía:

Me olvidé, caballero, de que tal vez tiene usted madre. ¿Qué diría la buena señora si me oyera?

R. MAJEROV.

EMPEORANDO

No es necesario apreciar con oídos prevenidos los sucesos de la tonalidad, para comprobar que la situación general del país ha empeorado mucho en los últimos meses, y que nunca, en ninguna época, ha sido tan deprimente la vida civil a nivel nacional. El ministro Simón, siendo como es, llevó su despreciosísimo término tan graves y humillantes, que nadie sabe si, con su intención de que se le atribuyera la responsabilidad, lo que es difícil distinguir si el estado económico y comercial es peor que el estado político, pues en todo se va mejorando, si no se ha llegado ya, a extremos insostenibles. Y sin embargo el gobierno, frente a esa situación, no puede invocar como pretexto que explique el menor apoyo público, lo que, con cierta razón, han invocado otros gobiernos, esto es los abusivos de un opio siéntate impuesto, que, considerando las posiciones ofensivas a los hombres, lo dejaron a sus propios ojos en un marcha regular. Esto gobernó hasta la libertad durante sus dos primeros años, de incovenientes de ese género. Hasta donde ha asistido la ejecución de sus planes, ayudó por el empeño general de llegar a deporte de rayadito, distintivo hoy de los que van a defender la integridad de la patria en lejanas tierras.

Conoció a primera vista que aquel anciano hidalguero afectuoso por honra y fe, pero sostenido a la vez por un afecto que sólo saben sentir las almas bien templadas,

Cerca del grupo que formaban los dos hombres, hidalguero formando otro el ministro de la Guerra, el Capitán general, el gobernador militar y otros varios generales y jefes.

Fijóse uno en el anciano referido, y se dirigió a él en estos términos:

—Cómo, ¿usted por aquí?

—Vengo a despedir al quinto hijo que se marcha a Cuba a defender la patria—contestó sencillamente el respetable anciano.

No hay para que decir que éste era el bizarro teniente coronel retirado Sr. Rodríguez Tejero, de quien se ocupó toda la prensa por el patriotismo y la abnegación que había demostrado oponiéndose a que el señor ministro de la guerra impidiera que su quinto hijo, bizarro capitán de la artillería, marchara a Cuba.

Enterados el ministro de la Guerra y el Capitán general de que se encotaba en la estación el Sr. Rodríguez Tejero, llamaron como igualmente a su hijo, a los cuales acogieron con verdadero entusiasmo.

—El patriotismo que usted ha demostrado es realmente admirable—decía el general Azañaga al Sr. Rodríguez Tejero.

—No he hecho más que cumplir con mi deber, y mis hijos con lo que yo—contestó el veterano teniente coronel.

—¿Qué edad tiene usted?—preguntó el capitán general de Madrid.

—Séntense y sus hijos con su edad en su posición de ir a Cuba si quieren utilizar sus servicios, Tendrán un verdadero placer en ello.

—En efecto, está usted muy fuerte—replicó el ministro de la Guerra, y le ofreció, si se decide enviar retirados al ejército de Cuba, que se usó el primer de quinientos destinos.

—Gracias, mi general—repuso el señor Rodríguez Tejero con entusiasmo.

Hecha la señal de partida, los generales Azañaga y Primo de Rivera y todos los que formaban el numeroso grupo que rodeaban al Sr. Rodríguez Tejero y a su hijo, estrecharon la mano de éstos, deseando muchos triunfos al bizarro capitán.

Padre e hijo abrazaronse por última vez sin debilidades de ninguna especie; pasó el tren y el Sr. Tejero dijo a las personas que le rodeaban:

—Vá a cumplir sus deberes de soldado y de español.

CRÓNICA LOCAL

No es necesario apreciar con oídos prevenidos los sucesos de la tonalidad, para comprobar que la situación general del país ha empeorado mucho en los últimos meses, y que nunca, en ninguna época, ha sido tan deprimente la vida civil a nivel nacional. El ministro Simón, siendo como es, llevó su despreciosísimo término tan graves y humillantes, que nadie sabe si, con su intención de que se le atribuyera la responsabilidad, lo que es difícil distinguir si el estado económico y comercial es peor que el estado político, pues en todo se va mejorando, si no se ha llegado ya, a extremos insostenibles. Y sin embargo el gobierno, frente a esa situación, no puede invocar como pretexto que explique el menor apoyo público, lo que, con cierta razón, han invocado otros gobiernos, esto es los abusivos de un opio siéntate impuesto, que, considerando las posiciones ofensivas a los hombres, lo dejaron a sus propios ojos en un marcha regular. Esto gobernó hasta la libertad durante sus dos primeros años, de incovenientes de ese género. Hasta donde ha asistido la ejecución de sus planes, ayudó por el empeño general de llegar a deporte de rayadito, distintivo hoy de los que van a defender la integridad de la patria en lejanas tierras.

Conoció a primera vista que aquel anciano hidalguero afectuoso por honra y fe, pero sostenido a la vez por un afecto que sólo saben sentir las almas bien templadas,

Cerca del grupo que formaban los dos hombres, hidalguero formando otro el ministro de la Guerra, el Capitán general, el gobernador militar y otros varios generales y jefes.

Fijóse uno en el anciano referido, y se dirigió a él en estos términos:

—Cómo, ¿usted por aquí?

—Vengo a despedir al quinto hijo que se marcha a Cuba a defender la patria—contestó sencillamente el respetable anciano.

No hay para que decir que éste era el bizarro teniente coronel retirado Sr. Rodríguez Tejero, de quien se ocupó toda la prensa por el patriotismo y la abnegación que había demostrado oponiéndose a que el señor ministro de la guerra impidiera que su quinto hijo, bizarro capitán de la artillería, marchara a Cuba.

Enterados el ministro de la Guerra y el Capitán general de que se encotaba en la estación el Sr. Rodríguez Tejero, llamaron como igualmente a su hijo, a los cuales acogieron con verdadero entusiasmo.

—El patriotismo que usted ha demostrado es realmente admirable—decía el general Azañaga al Sr. Rodríguez Tejero.

—No he hecho más que cumplir con mi deber, y mis hijos con lo que yo—contestó el veterano teniente coronel.

—¿Qué edad tiene usted?—preguntó el capitán general de Madrid.

—Séntense y sus hijos con su edad en su posición de ir a Cuba si quieren utilizar sus servicios, Tendrán un verdadero placer en ello.

—En efecto, está usted muy fuerte—replicó el ministro de la Guerra, y le ofreció, si se decide enviar retirados al ejército de Cuba, que se usó el primer de quinientos destinos.

—Gracias, mi general—repuso el señor Rodríguez Tejero con entusiasmo.

Hecha la señal de partida, los generales Azañaga y Primo de Rivera y todos los que formaban el numeroso grupo que rodeaban al Sr. Rodríguez Tejero y a su hijo, estrecharon la mano de éstos, deseando muchos triunfos al bizarro capitán.

Padre e hijo abrazaronse por última vez sin debilidades de ninguna especie; pasó el tren y el Sr. Tejero dijo a las personas que le rodeaban:

—Vá a cumplir sus deberes de soldado y de español.

de fondo de mi alma; por el contrario, la injusta prisión que estoy sufriendo reemplaza cada día más mi espíritu en pro de los ideales sustentados por mis correligionarios los coloniales independientes.

Yo no calumnié; dije lo que pensaba la inmensa mayoría de los circunstantes, y si algunos se sintieron mortificados, culpa es de ellos y no mía, y si poderosos me privaron de la libertad corporal, en cambio la moral vuelta y volvió siempre libre e independiente, aún en el estrecho y naufragio del gabinete.

Yo no calumnié; dije lo que pensaba la inmensa mayoría de los circunstantes, y si algunos se sintieron mortificados, culpa es de ellos y no mía, y si poderosos me privaron de la libertad corporal, en cambio la moral vuelta y volvió siempre libre e independiente, aún en el estrecho y naufragio del gabinete.

Yo no calumnié; dije lo que pensaba la inmensa mayoría de los circunstantes, y si algunos se sintieron mortificados, culpa es de ellos y no mía, y si poderosos me privaron de la libertad corporal, en cambio la moral vuelta y volvió siempre libre e independiente, aún en el estrecho y naufragio del gabinete.

Yo no calumnié; dije lo que pensaba la inmensa mayoría de los circunstantes, y si algunos se sintieron mortificados, culpa es de ellos y no mía, y si poderosos me privaron de la libertad corporal, en cambio la moral vuelta y volvió siempre libre e independiente, aún en el estrecho y naufragio del gabinete.

Yo no calumnié; dije lo que pensaba la inmensa mayoría de los circunstantes, y si algunos se sintieron mortificados, culpa es de ellos y no mía, y si poderosos me privaron de la libertad corporal, en cambio la moral vuelta y volvió siempre libre e independiente, aún en el estrecho y naufragio del gabinete.

Yo no calumnié; dije lo que pensaba la inmensa mayoría de los circunstantes, y si algunos se sintieron mortificados, culpa es de ellos y no mía, y si poderosos me privaron de la libertad corporal, en cambio la moral vuelta y volvió siempre libre e independiente, aún en el estrecho y naufragio del gabinete.

Yo no calumnié; dije lo que pensaba la inmensa mayoría de los circunstantes, y si algunos se sintieron mortificados, culpa es de ellos y no mía, y si poderosos me privaron de la libertad corporal, en cambio la moral vuelta y volvió siempre libre e independiente, aún en el estrecho y naufragio del gabinete.

Yo no calumnié; dije lo que pensaba la inmensa mayoría de los circunstantes, y si algunos se sintieron mortificados, culpa es de ellos y no mía, y si poderosos me privaron de la libertad corporal, en cambio la moral vuelta y volvió siempre libre e independiente, aún en el estrecho y naufragio del gabinete.

Yo no calumnié; dije lo que pensaba la inmensa mayoría de los circunstantes, y si algunos se sintieron mortificados, culpa es de ellos y no mía, y si poderosos me privaron de la libertad corporal, en cambio la moral vuelta y volvió siempre libre e independiente, aún en el estrecho y naufragio del gabinete.

Yo no calumnié; dije lo que pensaba la inmensa mayoría de los circunstantes, y si algunos se sintieron mortificados, culpa es de ellos y no mía, y si poderosos me privaron de la libertad corporal, en cambio la moral vuelta y volvió siempre libre e independiente, aún en el estrecho y naufragio del gabinete.

Yo no calumnié; dije lo que pensaba la inmensa mayoría de los circunstantes, y si algunos se sintieron mortificados, culpa es de ellos y no mía, y si poderosos me privaron de la libertad corporal, en cambio la moral vuelta y volvió siempre libre e independiente, aún en el estrecho y naufragio del gabinete.

Yo no calumnié; dije lo que pensaba la inmensa mayoría de los circunstantes, y si algunos se sintieron mortificados, culpa es de ellos y no mía, y si poderosos me privaron de la libertad corporal, en cambio la moral vuelta y volvió siempre libre e independiente, aún en el estrecho y naufragio del gabinete.

Yo no calumnié; dije lo que pensaba la inmensa mayoría de los circunstantes, y si algunos se sintieron mortificados, culpa es de ellos y no mía, y si poderosos me privaron de la libertad corporal, en cambio la moral vuelta y volvió siempre libre e independiente, aún en el estrecho y naufragio del gabinete.

Yo no calumnié; dije lo que pensaba la inmensa mayoría de los circunstantes, y si algunos se sintieron mortificados, culpa es de ellos y no mía, y si poderosos me privaron de la libertad corporal, en cambio la moral vuelta y volvió siempre libre e independiente, aún en el estrecho y naufragio del gabinete.

Yo no calumnié; dije lo que pensaba la inmensa mayoría de los circunstantes, y si algunos se sintieron mortificados, culpa es de ellos y no mía, y si poderosos me privaron de la libertad corporal, en cambio la moral vuelta y volvió siempre libre e independiente, aún en el estrecho y naufragio del gabinete.

Yo no calumnié; dije lo que pensaba la inmensa mayoría de los circunstantes, y si algunos se sintieron mortificados, culpa es de ellos y no mía, y si poderosos me privaron de la libertad corporal, en cambio la moral vuelta y volvió siempre libre e independiente, aún en el estrecho y naufragio del gabinete.

Yo no calumnié; dije lo que pensaba la inmensa mayoría de los circunstantes, y si algunos se sintieron mortificados, culpa es de ellos y no mía, y si poderosos me privaron de la libertad corporal, en cambio la moral vuelta y volvió siempre libre e independiente, aún en el estrecho y naufragio del gabinete.

Yo no calumnié; dije lo que pensaba la inmensa mayoría de los circunstantes, y si algunos se sintieron mortificados, culpa es de ellos y no mía, y si poderosos me privaron de la libertad corporal, en cambio la moral vuelta y volvió siempre libre e independiente, aún en el estrecho y naufragio del gabinete.

Yo no calumnié; dije lo que pensaba la inmensa mayoría de los circunstantes, y si algunos se sintieron mortificados, culpa es de ellos y no mía, y si poderosos me privaron de la libertad corporal, en cambio la moral vuelta y volvió siempre libre e independiente, aún en el estrecho y naufragio del gabinete.

Yo no calumnié; dije lo que pensaba la inmensa mayoría de los circunstantes, y si algunos se sintieron mortificados, culpa es de ellos y no mía, y si poderosos me privaron de la libertad corporal, en cambio la moral vuelta y volvió siempre libre e independiente, aún en el estrecho y naufragio del gabinete.

Yo no calumnié; dije lo que pensaba la inmensa mayoría de los circunstantes, y si algunos se sintieron mortificados, culpa es de ellos y no mía, y si poderosos me privaron de la libertad corporal, en cambio la moral vuelta y volvió siempre libre e independiente, aún en el estrecho y naufragio del gabinete.

Yo no calumnié; dije lo que pensaba la inmensa mayoría de los circunstantes, y si algunos se sintieron mortificados, culpa es de ellos y no mía, y si poderosos me privaron de la libertad corporal, en cambio la moral vuelta y volvió siempre libre e independiente, aún en el estrecho y naufragio del gabinete.

Yo no calumnié; dije lo que pensaba la inmensa mayoría de los circunstantes, y si algunos se sintieron mortificados, culpa es de ellos y no mía, y si poderosos me privaron de la libertad corporal, en cambio la moral vuelta y volvió siempre libre e independiente, aún en el estrecho y naufragio del gabinete.

Yo no calumnié; dije lo que pensaba la inmensa mayoría de los circunstantes, y si algunos se sintieron mortificados, culpa es de ellos y no mía, y si poderosos me privaron de la libertad corporal, en cambio la moral vuelta y volvió siempre libre e independiente, aún en el estrecho y naufragio del gabinete.

Yo no calumnié; dije lo que pensaba la inmensa mayoría de los circunstantes, y si algunos se sintieron mortificados, culpa es de ellos y no mía, y si poderosos me privaron de la libertad corporal, en cambio la moral vuelta y volvió siempre libre e independiente, aún en el estrecho y naufragio del gabinete.

Yo no calumnié; dije lo que pensaba la inmensa mayoría de los circunstantes, y si algunos se sintieron mortificados, culpa es de ellos y no mía, y si poderosos me privaron de la libertad corporal, en cambio la moral vuelta y volvió siempre libre e independiente, aún en el estrecho y naufragio del gabinete.

Yo no calumnié; dije lo que pensaba la inmensa mayoría de los circunstantes, y si algunos se sintieron mortificados, culpa es de ellos y no mía, y si poderosos me privaron de la libertad corporal, en cambio la moral vuelta y volvió siempre libre e independiente, aún en el estrecho y naufragio del gabinete.

Yo no calumnié; dije lo que pensaba la inmensa mayoría de los circunstantes, y si algunos se sintieron mortificados, culpa es de ellos y no mía, y si poderosos me privaron de la libertad corporal, en cambio la moral vuelta y volvió siempre libre e independiente, aún en el estrecho y naufragio del gabinete.

Yo no calumnié; dije lo que pensaba la inmensa mayoría de los circunstantes, y si algunos se sintieron mortificados, culpa es de ellos y no mía, y si poderosos me privaron de la libertad corporal, en cambio la moral vuelta y volvió siempre libre e independiente, aún en el estrecho y naufragio del gabinete.

Yo no calumnié; dije lo que pensaba la inmensa mayoría de los circunstantes, y si algunos se sintieron mortificados, culpa es de ellos y no mía, y si poderosos me privaron de la libertad corporal, en cambio la moral vuelta y volvió siempre libre e independiente, aún en el estrecho y naufragio del gabinete.

Yo no calumnié; dije lo que pensaba la inmensa mayoría de los circunstantes, y si algunos se sintieron mortificados, culpa es de ellos y no mía, y si poderosos me privaron de la libertad corporal, en cambio la moral vuelta y volvió siempre libre e independiente, aún en el estrecho y naufragio del gabinete.

Yo no calumnié; dije lo que pensaba la inmensa mayoría de los circunstantes, y si algunos se sintieron mortificados, culpa es de ellos y no mía, y si poderosos me privaron de la libertad corporal, en cambio la moral vuelta y volvió siempre libre e independiente, aún en el estrecho y naufragio del gabinete.

Yo no calumnié; dije lo que pensaba la inmensa mayoría de los circunstantes, y si algunos se sintieron mortificados, culpa es de ellos y no mía, y si poderosos me privaron de la libertad corporal, en cambio la moral vuelta y volvió siempre libre e independiente, aún en el estrecho y naufragio del gabinete.

Yo no calumnié; dije lo que pensaba la inmensa mayoría de los circunstantes, y si algunos se sintieron mortificados, culpa es de ellos y no mía, y si poderosos me privaron de la libertad corporal, en cambio la moral vuelta y volvió siempre libre e independiente, aún en el estrecho y naufragio del gabinete.

Yo no calumnié; dije lo que pensaba la inmensa mayoría de los circunstantes, y si algunos se sintieron mortificados, culpa es de ellos y no mía, y si poderosos me privaron de la libertad corporal, en cambio la moral vuelta y volvió siempre libre e independiente, aún en el estrecho y naufragio del gabinete.

Yo no calumnié; dije lo que pensaba la inmensa mayoría de los circunstantes, y si algunos se sintieron mortificados, culpa es de ellos y no mía, y si poderosos me privaron de la libertad corporal, en cambio la moral vuelta y volvió siempre libre e independiente, aún en el estrecho y naufragio del gabinete.

